

dencia de Europa. La libertad política hubiera podido establecerse á continuacion de la libertad religiosa. No hubiese habido ni revocacion del edicto de Nantes, ni dragonadas. Tal vez una revolucion pacífica hubiese evitado la terrible tempestad que trastornó el mundo á fines del siglo XVIII. Tales son las esperanzas que Gustavo Adolfo ha llevado á la tumba. ¡Sentimientos estériles! es verdad. Cuando ménos, prueban una cosa, y es que el Héroe sueco era muy superior á su siglo. Los hombres que se anticipan á la humanidad no están llamados á gobernarla; por esto Dios llamó á sí al vencedor de Lutzen.

II.— *La Suecia despues de Gustavo Adolfo.*

Despues de la muerte de Gustavo Adolfo la Alemania quedó entregada á todos los horrores de la más espantosa de las guerras. Diríase que con aquel genio benéfico desapareció el sol, y que las malas pasiones se desataron en medio de profundas tinieblas. Los hombres se matan, se torturan, destruyen la obra de Dios; y da pena ver el fin de aquellas devastaciones y de aquella carnicería que continúan todavía durante diez y seis años. ¿Unirémos nuestra voz á la de los historiadores alemanes para acusar la ambición de los suecos? La Suecia, abandonada sucesivamente por sus aliados de Alemania, estaba dispuesta á hacer la paz, pero queria una paz honrosa y no pudo obtenerla. El elector de Sajonia, despues de haber hecho traicion á sus aliados en Praga, hubiera deseado arrojarlos del territorio del Imperio, como se despide á unos soldados alquilados, y hubiera querido despedirlos sin pagarles. Esta era demasiada infamia; los suecos volvieron á tomar las armas y prosiguieron la lucha por pundonor. ¿A quién debe imputarse, pues, la desastrosa guerra que aniquiló á la Alemania y la mutiló? Al elector de Sajonia y á su aliado el emperador.

Gustavo Adolfo declaró á los habitantes de Nuremberg «que no pedia á sus amigos nada más que el reconocimiento; pero que lo que cogiese al enemigo pensaba conservarlo, y que no se contentaria con algunos meses de sueldo como un mercenario» (1).

(1) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. III, p. 206.

Despues de la muerte del gran rey, la conservacion de sus conquistas llegó á ser muy problemática. Los Estados de Suecia fueron de opinion de que se debia hacer una paz honrosa y segura; no se mostraban muy exigentes en las condiciones, y estaban dispuestos á renunciar á toda indemnizacion territorial, contentándose con la amistad de la Alemania, siempre que ésta quedase garantida por un tratado regular. El canceller Oxenstiern se dirigió al jefe del Imperio para entablar una negociacion; no se dignaron responderle. Sin embargo, no era digno ni seguro para los suecos el tratar con el duque de Sajonia; la Suecia no estaba en guerra con él, sino con el emperador; á éste correspondia, pues, el negociar la paz. La reina de Suecia escribió al elector que la paz de Praga se habia hecho faltando á compromisos contraidos, sin el concurso de los suecos, y como si fueran enemigos; declaró que se defenderia hasta el último extremo contra semejantes violencias; protestó que quedaba justificada ante Dios y ante los hombres, sosteniendo su honor contra el tratado vergonzoso que se pretendia imponerle (1).

La defeccion del elector de Sajonia hacia la paz imposible. En vano la Suecia se contentaba con una paz honrosa. ¿A quién pedirle? ¿Al emperador? El emperador no podia concedérsela; ¿habia de dar su amistad á los suecos que habian estado á punto de arrebatarse el Imperio? ¿Habia de indemnizar á los suecos por el trabajo que se habian tomado de arruinar su poder? Los suecos no podian obtener paz como vencedores. La muerte de su gran rey, y despues la derrota de Nordlingen, habian comprometido su posicion en Alemania, pero no habian decaido tanto que fuese posible despedirlos del imperio, como pretendia el elector de Sajonia. Así, pues, la lucha hubo de continuar necesariamente. Más valia batirse á riesgo de ser vencidos, que sufrir las humillantes condiciones de una derrota teniendo aún las armas en la mano. «Los suecos, dice Richelieu, resolvieron defenderse y hacerse arrancar por la fuerza, más bien que entregar cobardemente, lo que ha-

(1) CHEMNITZ, *Der grosse Schwedische Krieg*, t. II, p. 862-865, 775-777, 859 y sig., 895-897.

bian adquirido con tanta gloria y tanta sangre generosamente vertida» (1).

Se acusa á los suecos de haber perdido de vista el objeto primitivo de la lucha, la libertad alemana, para no pensar más que en su interes particular. Aun cuando lo hubieran hecho, los príncipes protestantes no hubieran tenido el derecho de quejarse; ¿no les habian abandonado y hecho traicion sus aliados de Alemania? Pero la acusacion que se dirige á los suecos no tiene siquiera fundamento. Es verdad que hicieron pagar cara á los sajones la traicion de su duque, pero no olvidaron por esto los intereses de la causa protestante; fueron, por el contrario, los defensores obstinados del protestantismo en las negociaciones de Osnabruck, hasta el punto de que los plenipotenciarios franceses, comprometidos por aquel celo ultra-luterano, no cesaban de quejarse: «La intencion de los suecos, dice el conde D'Avaux (2), es implantar la fe de Lutero donde todavía no ha sido éste admitido como un gran apóstol.» Su ambicion seguia siendo la de Gustavo Adolfo: erigir sus posesiones alemanas en electorado, lo cual hubiera dado la mayoría á los protestantes en el colegio de los electores, y contaban con que la eleccion recaeria en un príncipe de Suecia (3). De esta manera quedaria realizada la idea de un imperio luterano, con gran peligro del catolicismo. Estos proyectos fracasaron por la oposicion de la Francia. La Francia no queria ni un imperio protestante, ni un sacro imperio católico; queria la libertad alemana, es decir, el debilitamiento de Alemania. No dejaba de ser interesada esta ambicion; afortunadamente, sobre las pequeñas pasiones del hombre hay un gobierno providencial que hace servir para el bien general de la humanidad el egoismo de los pueblos y de los que dirigen sus destinos.

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IX, p. 3.

(2) *Memoria del conde de AVAUX*, de 1647. (*Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. IV, p. 34, 29, 27, 59, 38, 62.)

(3) «Quisieran destruir la religion católica», dice el duque de Longueville. (*Negociaciones secretas*, t. IV, p. 83.)

§ V.—La Francia.

N.º 1.—*El gran proyecto de Enrique IV.*

La dominacion napoleónica ha suscitado un ódio ardiente en la raza germánica; los escritores alemanes llevan esta mala pasion hasta el estudio de la Historia. Se complacen en poner de manifiesto la ambicion secular de la Francia tratando de conquistar la frontera del Rhin, el éxito de sus intrigas y de sus armas; acusan á la imprevision, y casi casi á la necedad de sus antepasados que se dejaron engañar por las buenas palabras de sus pérfidos vecinos. ¿Cómo podian creer en la buena fe de un Enrique II, cuando se proclamaba defensor de la libertad alemana? ¿Es acaso la libertad un dón del extranjero? ¿Cómo han podido unirse con Enrique IV para establecer su confederacion europea? ¿No veian que el único objeto del rey gascon era establecer la monarquía universal de los franceses sobre las ruinas del imperio de Alemania? Enrique IV es el verdadero autor de la guerra de los treinta años. El desmembramiento del Imperio, fruto de aquella funesta lucha, manifiesta lo que significa la gran palabra libertad en boca de los reyes de Francia (1).

Habrémos de volver un momento á la cuestion de la cesion de los tres obispados á Enrique II, puesto que todavía mana sangre esta herida en los corazones alemanes. La ambicion de la Francia y la hipocresía de su rey son tan claras como la luz; pero se olvida que, si la libertad alemana fué un oportuno pretexto para los franceses, la opresion que amenazaba á la Alemania bajo el régimen español no tenía nada de quimérica. Se lee en el tratado celebrado entre Enrique II y los príncipes protestantes: «El emperador trata cada vez más de obligar á los príncipes y Estados del imperio á perder su antigua franquicia y libertad, y caer en una

(1) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. 1, p. 2.—F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte*, leccion XVI.